



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13437

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—Extranjero: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

LUNES 3 DE SEPTIEMBRE DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumar-tin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Reformas en la Enseñanza

Contra el intelectualismo.— Horas de clase.

Hace pocos meses que «The Atlan-tic Educational Journal», revista pedagógica norteamericana, publicó el resultado de una investigación sobre el trabajo intelectual en los niños y pro-pone que la duración del día escolar, propiamente dicho, sea reducido á cuatro horas de la mañana, por ejemplo, de ocho á doce, (los hechos demuestran que los escolares se hallan aptos para el estudio en la mañan-a que en la tarde), y que cada hora de estudio no comprenda de hecho más que cuarenta y cinco minutos de trabajo, seguidos de quince de recreo, dejando las clases de tarde para los trabajos manuales, para los juegos, gimnasia y paseos escolares.

En las escuelas de Inglaterra, el tiempo dedicado al estudio es en la práctica de tres y media á cuatro horas diarias, dedicándose á los juegos en la mayoría de los centros de en-señanza veintiseis horas semanales; allí la mutua lucha se sacrifica el desarro- llo intelectual: primero los juegos, y en segundo lugar los libros. La escuela nacional inglesa se opone resueltamen- te al exceso de trabajo intelectual mien- tras el niño no haya adquirido estóma- go vigoroso, esqueleto bien constituido y músculos perfectamente desarrolla- dos.

El Consejo de profesores de Winter- thur (Suiza) acordó para el curso de 1904 á 1905, disminuir la duración de las horas de clase á cuarenta y cinco minutos, de suerte que los niños reci- ban en cuatro horas, tiempo que allí dura la sesión escolar, cinco lecciones diferentes, interrumpidas por cuatro descansos de quince minutos cada uno. Los resultados fueron tan satisfactorios que el Consejo decidió mantener esta misma norma para el presente curso.

Según la «Revue Pédagogique» en los liceos franceses se ha suprimido las clases de la tarde, y el tiempo que á

ellas se destinaba se emplea en paseos y juegos al aire libre, en ejercicios físi- cos y trabajos manuales adecuadamen- te distribuidos.

En las escuelas de Madrid fué im- plantada esta reforma por el Delegado regio de primera enseñanza Sr. Ruiz Jiménez, mereciendo por ello grandes elogios de pedagogos é higienistas; tam- bién en otras escuelas españolas, en las de Málaga, si no recuerdo mal, se al- canzó el éxito de estos ensayos.

El Dr. Cortezo, en su malogrado Re- glamento para el régimen de la prime- ra enseñanza, mandaba establecer la sesión única, siendo su duración de cuatro horas, combinándola con pa- seos y excursiones escolares. Lo mismo se acordó en la última Asamblea peda- gógica celebrada por el magisterio es- pañol en Madrid.

No son nuevas estas reformas, aun- que lo parecen, pues hace siglos que las vienen recomendando los técnicos en cuestiones de educación, y cuantos experimentaron todos los inconvenien- tes y contrariedades que á la educa- ción rutinaria acompañan; pero, los re- cientes descubrimientos fisiológicos po- niendo de relieve la demasia perjudi- cial y estéril del excesivo trabajo men- tal son los que han motivado pensar seriamente en tales reformas, que co- mo se ve sin gran esfuerzo, son bene- ficiosas desde el punto de vista higiéni- co, y desde el pedagógico.

A. Puig Campillo.

Cuarta suelta

Los billetes del Banco

Es imposible que las cosas conti- núen como hasta aquí.

El Banco de España, indiferente ante las falsificaciones, se limita á anular, taladrándolos, los billetes fal- sos que son presentados en sus Cajas. Y como los tenedores de estos bille- tes no han de estar á merced de un procedimiento arbitrario que destruye un signo de riqueza sin dar la oportuna compensación, menester se hace que el Banco salga de su apatía y proceda como el Banco inglés ó co-

mo el Banco de Francia, ninguno de los cuales hace pagar al público los vidrios rotos por su indolencia y taca- ñería.

No hace mucho tiempo que en la Argelia y en el Mediodía de Francia apareció una falsificación de billetes, y el Banco francés recibió y pagó cuantos le fueron presentados; pero á la vez se puso en averiguación y per- secución de los falsificadores, logran- do dar con ellos en una masía catala- ña, gracias al celo de nuestra Policía, gracias á los trabajos del excelente abogado español á quien el Banco tie- ne dados sus poderes.

Si el Banco de España no retirara inmediatamente de la circulación las emisiones falsificadas, sustituyéndo- las debidamente; si no se pone en cam- paña para descubrir y hacer imposi- bles las falsificaciones, verá su bille- taje depreciado y tendrá que afrontar el riesgo de una conversión á granel súbita é inaplazable.

POLÍTICO INTERNACIONAL

Mr. Sarrien, presidente del Gobier- no francés, en un discurso pronuncia- do ante el Consejo general de Saoné et Loire, consagrado á la política ex- tranjera, ha afirmado terminantemen- te que «el Gobierno tiene la firme vo- luntad de mantener y aun de mejorar en todo lo posible las buenas relacio- nes actuales de Francia con las demás Potencias.» Y claro es todo el mundo se ha preguntado maliciosamente: ¿y con Alemania también?

Por de pronto, la primera parte de la afirmación de Mr. Sarrien es ver- dad. La Conferencia de Algeciras lo ha demostrado elocuentemente. Fran- cia y Alemania, la víspera aparecían una vez más frente á frente: aquélla, todavía muy diplomática; ésta, siem- pre amenazadora. La famosa frase de Radolin, anunciaba la proximidad del temido *casus belli*.

—Tenemos empeño en que se ce- lebre la Conferencia—os acordaréis que decía el príncipe, dirigiéndose á Rouvier.—Si no tiene lugar, es el *statu quo* el que debe seguir, y es necesario que sepáis que detrás de Marruecos es- tamos nosotros.

Celebrada la Conferencia, cambió por completo la obscura perspectiva: Francia, por esas buenas relaciones de que nos habla el jefe de su gobier- no, contaba con el voto de las poten- cias. Alemania, como consecuencia de su política imperialista y guerrera, estaba sola. El resultado ha sido her- moso para Francia. Alemania ha te- nido que guardar para mejor ocasión su orgullo altanero y ha tenido que aplacar por sí misma su encendida ira.

La segunda parte, la de mejorar es- tas relaciones asta donde sea posible, ya es un punto más difícil. Antes será preciso que se pongan de acuerdo al- gunos miembros del Gabinete que Sarrien preside; por ejemplo, Bour- geois y Clemenceau.

El primero sigue fiel á la alianza rusa. El segundo, mucho más perspi- caz, quiere rectificar la torpe política pasada, abandonando al Zar y al Im- perio á las furias revolucionarias. El ideal diplomático debe orientarse en otra dirección y encarnarse en otras más positivas alianzas.

Lo único que puede facilitar el cam- mino de Francia en esta su expansiva política internacional, es la tendencia general de Europa á separarse de Ale- mania.

Por tanto, abandonada Rusia, cual- quiera otra aproximación es viable, aun aquella misma de Inglaterra, en otro tiempo tan odiada.

Resta siempre Alemania. En esta *welt politik* francesa, siempre se va á parar á lo mismo: el peligro alemán; porque Alemania, diga lo que quiera Francia, representa un peligro serio y aleja en los espíritus, quitos toda ten- tativa de «revanchas». Alemania, mili- tarista hasta la medula de los huesos, continúa elevando su Presupuesto de la guerra.

El de 1906 acusa mayores cifras en la totalidad de sus elementos. Bien es verdad que el Presupuesto de Rusia es formidable, pero Rusia bastante tiene con sus turbulencias interiores, y desde el punto de vista internacional es, hoy por hoy, un factor negativo, que Francia irá descartando poco á poco.

¿Dónde se apoyará ahora Francia? Quizá no es difícil predecirlo. Recuer- daos que en el Gobierno está Clémien-

teau, y por tanto, que la orientación probable es hacia Inglaterra.

Estos no es un camino muy fácil, pero muy peligroso. Se veía que el equilibrio europeo se romperá por el lado de Inglaterra y que el blanco se- rá Alemania. Por eso se por lo que este paso debe ser un y meditado por la República. Por ahora se recomien- da el *status quo*, que no compromete á nada.

¿Qué haremos, mientras tanto nos- otros? No nos gusta actuar de adivinos en cuestiones diplomáticas. Lo único que deseamos es saber en lo que res- pondiera nuestro Monarca al Empe- rador Guillermo cuando al visitarle le decía, esto, acariandole suavemente: «Las cosas no marchan muy bien con Francia; será preciso llegar á las manos, y yo cuento contigo».

Nuestro Monarca se sonreía, por- que, estamos buenos nosotros para meternos en estas aventuras. Dios nos libre de salir de nuestra concha en mucho tiempo, á no ser que nos den el oro y el napolí.

DE SOCIEDAD

En honor de los marinos italianos

El pasado sábado en la tarde, tuvo lugar una deliciosa fiesta en el domi- cilio del Ayudante Mayor del Arsenal, Capitán de fragata D. Rodrigo García de Quesada, en honor del Comandante y oficiales del torpedero italiano «Si- rio», que ha permanecido breves días fondeado en nuestro hermoso puerto.

Los señores señores de señores de García de Quesada, eran insuficien- tes para contener la numerosa y dis- tinguida concurrencia que los ocupa- ba por completo, admitiendo de paso, el derroche de lujo y buen gusto que se notaba en todas las hermosas habi- taciones de aquella magnífica casa.

El sexo bello estuvo en mayoría abrumadora—y qué mayoría!—per- sonas que por su posición y edad son respetabilísimas, asaguraban formal- mente, que perdieran su virginidad, ante la profesión de jóvenes sobernamen- te bellas é imponderablemente gra- ciosas, que con sus múltiples encan- tos fascinaban á italianos y á españo-

viene muy de mañana á la montaña para que los encuen- trasen allí los novios á su regreso.
Aquella noche, pasada la cena, mi hermana tocaba la guitarra sentada en uno de los *sofas* del corredor de mi cuarto, y María y yo conversábamos *sentados* en el ba- ñado.
—Tienes, —me decía, ¿algún qué te molesta y no puedo adivinar?
—Pero ¿qué puede ser? ¿No has *há* visto contun'o? ¿No has estado como esperabas que estaría al volver á tu lado?
—No; has hecho esfuerzos para mostrarte así; y sin embargo, yo he descubierto lo que nunca en tí; que fingías.
—¿Pero contigo?
—Sí.
—Tienes razón; me veo precisado á vivir fingiendo.
—No, señor; yo no digo que siempre, sino que esta noche.
—Siempre.
—No; há sido hoy.
—Ya para cuánto *me* que vivo engañando...
—¿A tí también? ¿te *me* engañarme á mí?
—Trata de volver los ojos para *convencerme* por ellos lo

que tenía; mas como yo riase de su afán, dijo como aver- gonzada de él:
—Explicame eso.
—Si no tiene explicación...
—Por Dios, por... por lo que más quieras, explica- me'o.
—Toda es cierto.
—No es.
—Pero déjame concluir; para vengarme de lo que acaban de pensar, no te lo diré si no me lo ruegas por lo que sabes tú que yo más quiero.
—Yo no sé qué será.
—Pues, entonces, convéncete de que te he engañado.
—No; no; ya voy á decirte, pero cómo te lo puedo decir?
—Piensa.
—Ya pensó,—dijo María después de un momento de pausa.
—Dí, pues.
—Por lo que quieras más, después de Dios y de tu... que yo deseo que sea á mí.
—No; así no es.
—¿Y cómo entonces? ¿ahí es que lo que dices es cierto.

—¿Cómo puedes preocuparte tanto con una casual- lidad?
—Lo que soñé esa noche es lo que me preocupa.
—¿Persistes en no contarme?
—Hoy no; algún día. Conversemos un rato con Emma antes de irte: es tan buena con nosotros...
A la media hora nos separamos, prometiéndonos ma- ñugar mucho para emprender nuestro viaje á la pa- rroquia.
Entes de las cinco llamó Juan Angel á mi puerta. Fel- lipo y él hicieron tal ruido en el corredor arreglando montañas y asegurando caballos, que antes de que lo es- peraran acudí en su ayuda.
Preparado todo abrió María la puerta del salón, y pre- sentándome una tasa de café de dos que llevaba Estéfana me dió los buenos días, llamando en seguida á Felipe pa- ra que recibiera la otra.
—Hoy sí,—dijo esta conríento maliciosamente.—Lo que es el miedo; y el *Refinito* está furioso.
Ella estaba tan hechicera como mis ojos debieron de- cirlo: un gracioso sombrero de terciopelo negro, ador- nado con cintas exotóicas, abrochado bajo la barba con otras iguales, que en el ala dejaba ver medio oculta por el velillo azul una rosa espolcada aún de rocío, des-